



Mauricio Wacquez

Desde Barcelona el escritor traza las fronteras que lo separan de otros autores chilenos ("todos tienen lugares muy distintos al mío"). Afirma que "nací en un país llamado Colchagua y mi país era la casa en que viví cuando chico". Mauricio Wacquez rehúye cualquier identidad con América Latina y también con lo chileno, por lo que "no siente ninguna atracción".

"Me defino como un ser espurio"

ALBERTO MAGNET, Barcelona. Para Mauricio Wacquez (nacido en 1939), su ausencia y "exilio" podrían estar explicados por la siguiente frase: "Yo nací en un país llamado Colchagua".

Quizá podría también aludir a la patria que buscaban aquellos Vázquez españoles, enrolados como mercenarios del Duque de Alba, buscando fortuna en Flan-

O sin saber en qué momento el Vázquez se flamenquiza como Wacquez; o bien podría referirse a la vuelta hacia el sur de otros antepasados, que en el siglo XVIII llegaron a la Gironde, a Burdeos, a la tierra donde se cultivan excelentes caldos y donde la enología se aprende como una disciplina familiar tradicional.

El desprendimiento inicial

Quizá por eso su propio padre, a quien siempre recuerda, también era enólogo.

—Digo que nací en un país llamado Colchagua cuando en realidad debería decir que mi país era la casa en que viví cuando era chico. Cuando salí de esa casa comenzó mi exilio, y por eso ciudades tan distintas son para mí lo mismo (Santiago, Barcelona, París); me recuerdan todas aquel desprendimiento inicial.

—¿Pero cuál es su identidad como escritor latinoamericano?

—Hay escritores y críticos que se preguntan por la búsqueda de identidad de los escritores latinoamericanos. Puede ser una opción —buscar esa identidad—, pero yo me inclino por la idea de que existe en el escritor una compulsión autodestructiva que anula esa búsqueda de identidad, que incluso la rehuye.

—Hay escritores chilenos que se han decidido y definido por la solución del regreso...

—Skármeta, Donoso, Edwards... Todos tienen lugares muy distintos al mío. Yo no siento ninguna atracción especial por lo chileno, y puedo prescindir de esa identificación.

—¿Dónde está la diferencia? —En mi trayectoria.

—¿Cuál es la suya?

—Mi trayectoria es Filosofía en Chile, un doctorado sobre el lenguaje en San Anselmo, en La Sorbona, es París y los años sesenta... Conoci las primeras publicaciones en francés de los latinoamericanos (Carlos Fuentes debe haber sido uno de los primeros en ser traducido). *La croix du sud*, luego *Du monde entier*. Ahora la literatura hispanoamericana es tan importante que publicarán

una edición de Borges en La Pléiade.

Lenguaje culto y depurado

La primera novela de Wacquez fue *Toda luz del mediodía*. Más tarde vendrían *Excesos*, *Paréntesis* (segunda novela, de la cual ya no reniega como de la primera) y *Que ve su oficio* plenamente logrado.

En todas estas novelas la crítica destaca la seguridad con que Wacquez maneja un lenguaje culto y depurado, junto a su capacidad para tratar temas que cierta crítica invariablemente calificará de "escabrosos" porque normalmente se refieren a la homosexualidad y a la condición del homosexual. Quizá porque Wacquez se mueve entre los triángulos (*Toda luz*, *Ella o el sueño de nadie*) y el

cuadrilátero (*Paréntesis*) con un singular manejo de los recursos de la elipsis.

—¿Por qué utiliza este recurso literario?

—Debería hablar del respeto que me inspira la elipsis. Si está ahí, es indudable que sirve para algo, y yo me he servido de ella.

—Pero, ¿cómo, en *Frente a un hombre armado*, como en mis otras novelas, las referencias de mi infancia son patentes. Los personajes pueden ser del XIX, pero hay señas suficientes para ver la importancia de los elementos autobiográficos. Y, para los que quieren, hasta se puede identificar el bigotito del dictador en la descripción de un personaje.

—"*Frente a un hombre armado*", en todo caso, lo sitúa en una zona limítrofe de la novela —de hecho Donoso ha definido su prosa como próxima a la poesía— por su deliberada falta de referencias, eliminando, como dice un crítico, los contactos que el amor tiene o puede tener con la sociedad, la sicología, la estética, la siquiatria.

—Yo me defino a mí mismo como un ser espurio, y mis lecturas son, en alguna medida, las lecturas de una cultura espuria, de la literatura francesa y chilena por ejemplo, de una calidad que no siempre ha sido reconocida. Y luego, Stendhal, el autor que más admiro, murió sin tener mucha idea de la trascendencia de Julian Sorel, el protagonista de *Rojo y Negro*. ¿Quién puede explicar hoy este *despiste*, esta aparente falta de criterio de Stendhal, que en plena época de poderío e ideología imperial piensa en este personaje, Sorel, de ardientes simpatías republicanas?

Mauricio Wacquez no se plantea dar cuenta de una realidad; al contrario, esto justamente lo distancia de otros autores. "Mi universo narrativo", explica, "es de total libertad y también las coordenadas morales en que se mueve. El problema moral es una elección primigenia y no puede explicarse desde ninguna moral social, sino desde su propia naturaleza como acto de trasgresión".

—¿Cómo se explican estos actos de trasgresión?

—En el juego de los espejos el individuo siempre se reconoce vestido de atributos. Pero si de pronto una realidad —la soledad, la marginalidad— opaca aquellos atributos, tendremos acceso al cuestionamiento total de los modos en que los hombres van a establecer sus relaciones, jerarquías y valores.



El escritor en la terraza; al fondo, la ciudad de Barcelona.